

del hombre, el signo incontestable de su superioridad sobre todos los seres animados de la creacion, es que él solo sabe crearse utensilios. El gorilla se arma de una rama separada del árbol ó de una piedra tirada por el suelo; pero jamás se ha compuesto una maza y ni siquiera una punta de flecha de sílex pulido. Evidentemente, en estas condiciones, el utensilio llamado en la ayuda de la insuficiencia de las fuerzas del hombre, lejos de humillarle, le ennoblece. De ahí este razonamiento harto sencillo y al mismo tiempo irresistible. Puesto que podemos y debemos, sin temor de humillar nuestras facultades físicas, antes bien con la certidumbre de completarlas, elevarlas y centuplicarlas, recurrir incesantemente á los instrumentos que el genio humano inventa cada dia, podemos y debemos, para ser consecuentes con nosotros mismos, completar nuestra inteligencia y razon, elevarlas, centuplicarlas, por el asentimiento dado á las luces de la revelacion divina, con la sola condicion de que la realidad y excelencia de esta revelacion bienhadada sean ciertamente demostradas.

¡Su realidad! el objeto principal de este libro es hacerla resaltar. ¡Su excelencia! las abundantísimas luces que comunica á la razon son más brillantes que las del mediodía.

Jesucristo ha dicho esta gran palabra: *Cuando el Espíritu viniere, él os enseñará toda verdad.* (S. Juan, c. XVI, v. 13). En efecto, el Espíritu, la revelacion, la fe ha venido, y ella ha enseñado al hombre de buena voluntad toda verdad: la verdad sobre Dios, la verdad sobre el prójimo, la verdad sobre nosotros mismos.

LA VERDAD SOBRE DIOS: 1.º *Su existencia, su naturaleza, su culto.*

*La existencia de Dios.* La razon ha sido como impotente para demostrarla y hacerla comprender. En su libro de la Naturaleza de los Dioses, Ciceron mismo decia: «Vos quereis probar por raciocinio la existencia de Dios... Bus-

cais el apoyo de la razon; soportad, pues, que mi razon combata la vuestra... Empleais toda clase de argumentos para probarme que existen dioses, y argumentando no haceis sino dudosa una verdad, que sola la tradicion de nuestros antepasados (es decir una revelacion primitiva) pone fuera de la más pequeña duda.»

*La naturaleza de Dios.* Sobre este punto capital la razon habia llegado al exceso espantoso de que todo era Dios, excepto Dios mismo. La embriaguez, el rapto, el incesto, el adulterio, la lujuria, el fraude, la crueldad, la ira eran sus atributos inscritos en el frontispicio de los templos; sólo el verdadero Dios no tenia altar, sino con el nombre de DIOS DESCONOCIDO. Al contrario, ¡qué admirable idea de Dios nos da la fe, de su eternidad, de su santidad, de su infinidad, de su inmensidad, de su omnipotencia, de su providencia, etc.! Por medio de cuántas imágenes elevadas y arrebatadoras, los libros santos nos revelan su grandeza y nos pintan su majestad! Con qué entusiasmo exaltan sus beneficios!

*El culto de Dios.* En la teología de la razon, el culto no pertenecia más que al cuerpo; el alma no tomaba parte en él, sino por el impulso violento comunicado á sus pasiones y vicios. «Lo que un hombre se ruborizaria de oír, los paganos, dice Séneca, no se avergüenzan de decirlo á sus dioses; y tienen la conciencia de su torpeza, puesto que, si alguno les puede escuchar, se callan. Manifiestan á la luz del sol lo que en la vida ordinaria se oculta en las más profundas tinieblas. En los ángulos secretos de los templos se cometen crímenes abominables contra la naturaleza.» La fe, al contrario, nos enseña á adorar á Dios en espíritu y verdad, por el respeto, el amor y la imitacion de sus perfecciones infinitas. *Sed perfectos*, nos dice, *como vuestro Padre celestial es perfecto.*

LA VERDAD SOBRE NUESTROS PRÓJIMOS. En la escuela de la razon las tres cuartas partes de los hombres eran esclavos; y la naturaleza queria, decian, que unos fuesen li-



bres y otros esencialmente esclavos, y el esclavo se diferenciaba apenas del animal. La ley no le hacia solamente vil, le ordenaba que se considerase como nada, *non tam viles quam nulli sunt*. Así los amos tenian sobre los esclavos un poder absoluto. La célebre constitucion de Constantino señalaba los excesos de todos los dias, cuando prohibia molerlos á palos, inferirles con un dardo heridas mortales, suspenderlos en el patíbulo, envenenarlos, hacerlos desgarrar por las uñas de animales feroces, abrir sus miembros por medio de carbones ardientes.

¡Y qué espantoso espectáculo el de los gladiadores condenados á matarse por pasatiempo de los ciudadanos de todos los rangos y sexos!

Y sin embargo, Trajano mismo, este pretendido y tan celebrado hombre de bien, de quien se ha querido hacer las delicias del género humano, para celebrar su triunfo sobre los Dacios ordenó espectáculos de gladiadores, que se prolongaron por espacio de *ciento veinte y tres dias*, y en los que se despedazaron DIEZ MIL gladiadores y ONCE MIL fieras. El mayor de los emperadores admitia sin emocion, sin rubor, los sacrílegos saludos de las nobles víctimas que iban á degollarse con sus propias manos. Y esto en los más bellos tiempos de Roma, cuando la razon y la filosofía alcanzaron su apogeo.

Al contrario, la fe desde su aparicion no ha visto en el esclavo sino un hijo de Dios. «Si la pobreza, decia ya el *Levitico*, c. XXV, v. 39-41, obligare á tu hermano á vendérsete, no le oprimirás con la servidumbre de los esclavos, sino que será como jornalero; trabajará en tu casa hasta el año del jubileo, y despues saldrá con su mujer é hijos, y volverá á su familia y á la herencia de sus padres.» A la luz de la revelacion, todos, judíos y gentiles, esclavos y señores, formamos un solo cuerpo, animado de un mismo espíritu, y del cual todos somos miembros con igual título. «El ojo no puede decir á la mano: no tengo necesidad de tus servicios; ni la cabeza á los piés: vosotros no me sois necesarios. Todo al revés, los miem-

bros que parecen más débiles, son frecuentemente los más indispensables. Es menester, pues, que todos tengan unos mismos cuidados unos de otros, porque cuando un miembro sufre, todos los demás sufren, y cuando un miembro es glorificado, todos los otros se regocijan con él.» Despues vienen los admirables preceptos de la caridad cristiana.

LA VERDAD SOBRE NOSOTROS MISMOS. Esta escapa fatalmente á la razon, mientras que la fe nos certifica de la existencia de nuestra alma, de su espiritualidad, de su inmortalidad, de la eternidad dichosa ó desgraciada, de la resurreccion de los cuerpos, etc. Ella nos enseña los deberes que tenemos que llenar para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, y nos ofrece la gracia necesaria para cumplirlos fielmente.

Leed otra vez, carísimos lectores, ya que el momento ha llegado, la simple exposicion, que al comenzar hemos dado, del Símbolo, de los dogmas y de la moral de nuestra fe, y veréis qué inmenso tesoro de conocimientos especulativos y prácticos ofrece á nuestra inteligencia. Mientras que para la razon abandonada á sí misma todo son tinieblas profundas, contradicciones incesantes, dudas aterradoras, opiniones inciertas, que chocan y se destruyen unas á otras; para la razon completada por la fe todo sobreabunda de luz; es el esplendor del sol en pleno mediodía. Un niño cristiano, que sabe bien su pequeño catecismo, posee mil veces más verdades religiosas y morales que Sócrates, Platon, Ciceron, Séneca y demás filósofos de la antigüedad.

¿Quién no se ha encontrado por el camino con un prójimo ciego? Las más de las veces es llevado de la mano por un niño ó guiado por un perrito, compañeros fieles de su infortunio. A veces no tiene por guia más que su palo, con el que golpea continuamente el bordillo de la acera, para adquirir la certeza de que sigue la línea rigurosamente paralela y segura. Pero jamás habeis visto á un



ciego guiado por otro ciego: saben harto bien que apoyándose uno sobre otro los dos caerían en el precipicio, y harían más grave su caída.

Mas ¿cuál no sería vuestra indignacion si en medio de una plaza pública atravesada en todas sus direcciones por numerosos y rápidos vehículos, un mal hombre, acercándose de repente al ciego, lo separase del niño, del perro ó del baston que lo guia, y le abandonase á sí propio con la seguridad de verlo muy pronto aplastado? ¡Qué crueldad! exclamariais todos. Y sin embargo aún se puede concebir un atentado mucho más odioso: el del infame, que, bajo el pretexto de tomar del platillo del ciego la moneda pequeña, con toda la sangre fria sustituye una moneda de cobre á una moneda de plata, cuya presencia estaba lejos de sospechar el ciego y que para su miseria hubiera sido un gran consuelo.

El ciego es la pobre razon humana sepultada en profundas tinieblas, que va tanteando, siempre fácil de extraviarse y caer en las aberraciones más lamentables. La fe es para ella, no solamente el baston, el perro fiel, la guia del niño ó de la esposa, sí que tambien el ángel de luz, que la defiende de todos los peligros, la conduce al término de su viaje y la pone en posesion de la herencia tan deseada. Separar al ciego de su guia indispensable es quitar al alma la antorcha de la fe, abandonarla á sí misma, á sus tinieblas, á sus debilidades, á sus pasiones, á sus vicios, á todas las seducciones que la rodean, y empujarla hácia el abismo de la incredulidad y de la corrupcion. Quitar del platillo del ciego la moneda de plata y sustituirla por una moneda de cobre, es suplir la fe por la filosofía, otro ciego, que, lejos de iluminarla, quizá la deslumbre un momento, pero será para hundirla en más espesas tinieblas y precipitarla en errores, que ella no hubiera conocido, si hubiese marchado sola por su camino.

¡Ah! dejad por favor al alma el ángel guardian é iluminador de la fe; no cometais el robo abominable del platillo

del ciego, ó sino incurriréis en una responsabilidad por demás espantosa.

Mas nosotros no hemos aún desarrollado más que la primera parte de la definicion de san Pablo: *la fe es el argumento de las cosas que no se ven*; la segunda: *la fe es el fundamento de las cosas que se deben esperar*, es más instructiva todavía; ésta nos hará comprender cuán razonable, legítima y gloriosa es la adhesion de nuestra alma á la fe.

El hombre que no tuviese nada que desear aquí en la tierra, sería una especie de mónstruo ó un fenómeno. Preciso es haber profundamente caido y estar fatalmente identificado con la materia, para no pedir nada fuera y más allá del bienestar ilusorio y pasajero de esta vida. El alma del hombre, al contrario, tiene una sed insaciable de felicidad; con razon el Sabio la compara á la mar, á la cual van á parar todos los rios sin hacerla rebosar y derramarse, á un fuego devorador que nunca dice: *basta*. Pues bien, esta felicidad completa y duradera, á la cual aspiramos con toda la energia de nuestro sér, instintivamente sentimos y conocemos todos los dias por una dolorosa experiencia que no es de este mundo, en el que el malestar es la regla general y el bienestar es la excepcion; en el que lo bello es sin cesar ahogado y oprimido por lo feo, el bien por el mal, lo justo por lo injusto, el orden por el desorden, la virtud por el vicio..; en el que, en una palabra, todo es vanidad y aficcion de espiritu. Este es el grito de dolor y de verdad que se escapó del alma desilusionada del hombre que estuvo más en posesion de todos los medios de llegar á la felicidad, y que los puso en obra sucesivamente con perseverancia inaudita.

«Yo he visto todo lo que hay debajo del sol... yo he sobrepujado en poder y sabiduría á cuantos existieron antes de mí; yo lo he examinado é investigado todo; he embriagado mi alma de delicias y me he entregado á todos los placeres; he levantado monumentos grandiosos, he edificado



espléndidos palacios, he plantado hermosos viñedos, he construido jardines y verjeles sembrándolos de árboles y plantas exquisitas, y regándolos con las aguas de mis estanques; he poseido muchedumbre de esclavos y esclavas, numerosa familia, muchísimos ganados de bueyes y ovejas; he amontonado el oro y la plata; he hecho tributarios á reyes y naciones; mis palacios se mecen en un mar de armonía; en mi mesa vino delicioso llena los jarros y vasos; nunca he negado á mis ojos nada de cuanto desearon, ni á mi corazón ninguno de los placeres de este mundo... Y cuando reflexioné sobre todas las cosas y me concentré en mí mismo, experimenté un vacío inmeso, sentí un amargo disgusto; conocí que no hay nada estable debajo el sol.»

Además Salomon añade—lo cual es para las almas justas una prueba superior á las humanas fuerzas—que en este mundo la desgracia es casi siempre el patrimonio de los buenos, y el bienestar la herencia de los malos. Escuchemos este grito de angustia que salió del corazón de David:

«Mis pasos han vacilado, mis piés casi han resbalado, cuando he visto la paz de los pecadores, y me he sentido arrastrado á envidiar su suerte. Parece que la muerte no existe para ellos, que están al abrigo de todos los males de la humanidad. Ninguna parte toman en las fatigas de los demás hombres, y no les alcanzan las comunes aflicciones. Su iniquidad brota de la misma crasitud de sus carnes, y se abandonan sin freno á todos los deseos de su corazón. Sus pensamientos y discursos no tienen otro objeto que el mal; sin embargo cuando hablan, parecen emitir oráculos. Su boca está á la altura de los cielos, mientras su lengua estraga la tierra. Mi pueblo indignado los mira y se pasma de ver sus días llenos de iniquidad.» Escandalizado se pregunta: «¿Si tendrá Dios noticia de esto? ó si lo entenderá el Altísimo? Y aun yo mismo me he dicho: Si los pecadores y los que beben la iniquidad como agua están llenos de bienandanza y riquezas, en vano pues he guardado puro mi corazón é inocentes mis manos;

en vano he soportado con paciencia las angustias que los muchos años me han acarreado y los trabajos que me asaltaron desde mi mocedad. Mas si yo tuviera este lenguaje condenaría á la desesperacion y reprobaría á la entera generacion de tus escogidos. Poníame á sondear este misterio, pero difícil me era comprenderlo, cuando entré en el santuario de mi Dios y conocí el triste paradero que han de tener... Esta prosperidad de los malos es un lazo que les tendéis, pues en el momento que se crearán más fuertes, los derribaréis. ¡Oh y cómo fueron reducidos á total desolacion! De repente fenecieron; su iniquidad los ha acabado; se han desvanecido como sueño de uno que despierta. ¡Oh Señor, reducirás á la nada en tu ciudad la imágen de todos ellos!»

Sí, sin la fe todo es acá contradicciones y desesperacion. Que los insensatos que así lo quieren se condenen á esta desesperacion cruel, que se hundan en las aguas desoladoras de estas contradicciones lamentables; yo deseo poseer, porque es una necesidad imperiosa de mi naturaleza, esta dichosa fe, que, siendo el telescopio de mi corazón, como lo ha sido de mi inteligencia, me señala en lontananza el más hermoso y santo ideal, el término de mi destierro y de mis penas, una felicidad superior á los deseos de mi alma, á los sueños de mi imaginacion y á las aspiraciones de mi espíritu, felicidad que el ojo no ha visto, la oreja no ha oído, ni el corazón ha comprendido, pero que Dios reserva á aquellos que él ama y le aman. *La fe es la sustancia de los bienes que debo esperar.* ¡Cómo, pues, no ha de ser eminentemente racional, legítima y gloriosa!

Y lo que hemos dicho de la verdad, hemos de decirlo de la felicidad. La fe sola nos la da, porque ella sola destruye en nosotros todo lo que se opone á la felicidad, porque ella sola hace gustar consuelos y satisfacciones que constituyen la felicidad, porque ella sola nos conserva en la posesion de la verdadera felicidad.

¿Cuáles son los enemigos más irreconciliables del hombre? Las pasiones y vicios: el espíritu de inquietud y el



amor á los placeres que hacen el vacío en el corazón, el orgullo, el deseo de poseer, la envidia, la cólera, el odio, el despecho que irritan el ánimo, los movimientos desarreglados de los sentidos que levantan terribles tempestades en el alma. Pues la fe, y la fe sola, puede poner un freno á las pasiones, y guardar el corazón de los embates tumultuosos de los vicios. Su yugo además es suave, y la carga que impone ligera.

¿De dónde se escapan estos horribles gritos de dolor de la humanidad:—¡Hemos sido unos insensatos, nos hemos pues engañado! ¿de qué nos ha servido nuestro orgullo? Hemos sido devorados por nuestra propia malicia. Collados, caed sobre nosotros; montañas, aplastadnos?...—De la boca de los impíos que han rechazado ó no han practicado la fe. Su bienestar no fué en realidad más que polvoredado levantado por el viento, espuma ligera llevada por la tempestad, vapor ténue disuelto en el aire.

¿De qué bocas en cambio han salido los gritos de satisfacción y alegría de corazones mucho más felices de lo que ellos podían desear?—¡Yo sobreabundo de gozo en medio mismo de mis tribulaciones!—¡Ó sufrir ó morir!—¡O santa y querida cruz, cuánto tiempo te he deseado!—Veo á Jesús de pié, que tiene en la mano la corona que va á poner sobre la cabeza de su siervo.—¡Basta, mi Dios, basta!—De la boca de los justos, que vivían de la fe y gustaban de la paz de Dios, infinitamente más dulce que todas las delicias de los sentidos.

El hombre entregado á sí mismo, á su sola razón; es fatalmente homicida y suicida; es el único sér que atenta á sus días. Espanta decirlo, pero es la verdad; y es más doloroso de hacer constar en cuanto esta sed del suicidio va creciendo con la civilización. En el estado salvaje, el hombre es homicida, á veces hasta antropófago. Sin embargo no se mata á sí mismo; tiene el profundo é imperioso instinto de su conservación. Mas apenas llega á ponerse en contacto con el hombre civilizado, que le comunica sus pasiones sin comunicarle la fe, el salvaje siente nacer en

él apetitos desordenados, que en su feliz ignorancia no sospechaba siquiera. Acerca á sus labios la copa de licores fuertes, y la intemperancia hace en pocos años lo que una guerra encarnizada no hubiera podido lograr; diezma esas poblaciones en otro tiempo tan robustas é inteligentes, y las hace marchar á grandes pasos hácia su destrucción. Así han perecido por todas partes las razas aborígenes engañadas y embrutecidas por traficantes del antiguo mundo. En lugar de estas avanzadas del comercio y de la industria, poned al apóstol de la fe, la antigua sotana negra, y el tránsito del estado salvaje al civilizado, lejos de ser homicida, será benéfico, y veréis renacer las admirables misiones del Paraguay.

Hoy día en Europa, y sobre todo en Francia, en donde la civilización está en su apogeo, ¿se diría que la grande ocupación del hombre es atentar contra su vida? Se mata por la sed de grandezas, por el tráfico de los negocios, por las angustias de la industria en grande escala, por la demora casi habitual en las atmósferas apesadas de los teatros, cafés y casinos, por el abuso del tabaco y licores alcohólicos, del absintio sobre todo, por los bailes desenfrenados que se prolongan toda la noche, por la pasión de montar y de las carreras, por los arrebatos del juego, por los atentados directos contra sus días, que van multiplicándose en una proporción que aterra, etc., etc.

Y las enfermedades terribles, casi desconocidas en otro tiempo, que ellas solas destruyen la mitad de las víctimas de la muerte, la sífilis, la fiebre puerperal, el croup, la fiebre tifóidea, la anemia, la clorosa, la tisis pulmonar sobre todo, que yo llamaría de buena gana el sello de la bestia, ¿no son ellas los tristes frutos y al mismo tiempo el castigo espantoso de una civilización sin fe?

¿Y la locura, endémica ó epidémica á su vez?

¡Cosa extraña! se acrimina á la fe por la abstinencia y los ayunos que exige con tanta discreción como dulzura, para guardar á sus hijos de la invasión de las pasiones homicidas, y no se hace cargo alguno á la incredulidad, de